

La transformación del posicionamiento de Estados Unidos en materia de seguridad internacional y regional en el siglo XXI: el rol estratégico de la dimensión marítima

Micaela Kaplun*

Resumen

Este artículo analiza la evolución del posicionamiento de Estados Unidos en materia de seguridad internacional y regional durante el siglo XXI, en el marco de un orden global cada vez más competitivo y multipolar. A partir de la crisis financiera de 2008 y el ascenso de China, Washington reformula sus estrategias, otorgando un papel central a la dimensión marítima como eje de su proyección global y regional. El trabajo examina cómo las nuevas concepciones de seguridad integran elementos tradicionales y no tradicionales, y cómo la estrategia marítima se configura como un instrumento clave frente a los desafíos que plantea la puja de poder entre grandes potencias y la consolidación de zonas de influencia. El análisis se basa en documentos oficiales y literatura especializada, desde un enfoque descriptivo-analítico

Palabras clave: Estados Unidos – seguridad internacional – seguridad regional – estrategia de seguridad – seguridad marítima – puja de poder

The transformation of the United States' positioning in international and regional security in the 21st century: the strategic role of the maritime dimension

Abstract

This article analyzes the evolution of the United States' positioning on international and regional security in the 21st century, within the context of an increasingly competitive and multipolar global order. Following the 2008 financial crisis and the rise of China, Washington has progressively reformulated its strategies, assigning a central role to the maritime domain as a key axis of its global and regional projection. The paper examines how recent U.S. security strategies have combined traditional and non-traditional elements, and how the maritime dimension has become a critical instrument in the context of growing interstate rivalry and the consolidation of spheres of influence. The analysis is based on official documents and specialized literature and adopts a descriptive-analytical approach to trace key transformations and continuities in U.S. policy.

*Licenciada en Relaciones Internacionales y Ciencia Política (Universidad Católica de Córdoba). Becaria interna doctoral en CONICET y doctoranda en Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Política Exterior Argentina de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (Universidad Católica de Córdoba). E-mail: micaelakaplun5@gmail.com – Orcid: <https://orcid.org/0009-0005-6115-6580>

Keywords: United States – international security – regional security – security strategy – maritime security – power struggle

TRABAJO RECIBIDO: 15/04/2025 - TRABAJO ACEPTADO: 26/05/2025

Introducción

En las primeras décadas del siglo XXI, el posicionamiento de Estados Unidos en materia de seguridad internacional ha experimentado una transformación progresiva, impulsada por el ascenso de potencias emergentes, el avance de la multipolaridad y la creciente centralidad de las denominadas “nuevas amenazas”. En este contexto, la formulación de estrategias de seguridad ha orientado y reconfigurado tanto la política exterior como la estrategia de defensa estadounidense, en un intento por reafirmar su primacía global y adaptar sus instrumentos de proyección de poder a un entorno internacional crecientemente competitivo e interdependiente, marcado por una creciente puja de poder entre grandes potencias.

A partir de la crisis financiera global de 2008, se profundiza una redefinición del rol de Estados Unidos en la conducción de la seguridad internacional y en el abordaje de desafíos regionales específicos. Este punto de inflexión se produce en paralelo con la consolidación de China como actor central del sistema internacional, lo cual impulsa una reconfiguración de las estrategias de Washington en términos de agenda, percepción de amenazas y distribución de recursos. En este escenario, la dimensión marítima adquiere renovada centralidad como ámbito clave de competencia interestatal, canal privilegiado de proyección estratégica y mecanismo de delimitación de zonas de influencia regional.

Tal como expone Giaccaglia (2022), existen diversas interpretaciones teóricas sobre el auge y declive de potencias en la estructura internacional, especialmente respecto al rol de Estados Unidos frente a la emergencia de actores como China, India, Brasil o Rusia. La autora identifica cinco enfoques principales: los neorrealistas (Mazarr, 2012; Mearsheimer, 2019), que plantean una reestructuración del poder estadounidense para mantener su primacía global; los “declinistas” (Haas, 2008; Zakaria, 2008; Layne, 2012), que advierten una pérdida relativa de poder; las perspectivas liberales optimistas (Brooks & Wohlforth, 2008; Grevi, 2009; Ikenberry, 2018), que creen que el orden liberal podría persistir pese a ese declive; los enfoques europeos (Barbé, 2010; Nolte, 2010), que aportan visiones críticas sobre la hegemonía occidental; y las aproximaciones “no occidentales” (Tellis, 2020; Acharya y Buzán, 2022), que promueven un orden global más plural y multipolar, con China como actor central.

Partiendo de este debate, este trabajo propone una lectura propia del proceso de transición hegemónica. Esta noción —entendida como la redistribución del poder internacional marcada por la pérdida relativa de poder de Estados Unidos y el ascenso de la República Popular China— no es un diagnóstico consensuado, sino una categoría en disputa, atravesada por dimensiones políticas, normativas y estratégicas que condicionan la evolución de la estrategia de seguridad estadounidense en un mundo cada vez más fragmentado.

Las estrategias contemporáneas de seguridad trascienden el enfoque clásico de la geopolítica tradicional, el cual concebía la competencia interestatal fundamentalmente en términos de control físico del territorio o dominio de rutas marítimas. Siguiendo a Levaggi (2023) este paradigma, desarrollado por autores como Halford Mackinder, Friedrich Ratzel, Karl Haushofer y Alfred T. Mahan, articuló visiones estratégicas centradas en la ocupación de espacios clave —continentales o marítimos— como base para la proyección del poder. Mientras Mackinder subrayaba la primacía del espacio euroasiático continental para el liderazgo global, Ratzel y Haushofer vincularon el poder nacional a la expansión territorial como necesidad vital.

Por su parte, Mahan enfatizó la importancia de la supremacía naval y el control de las líneas marítimas de comunicación, y Julian Corbett introdujo una perspectiva más integrada, destacando la interdependencia entre las dimensiones marítima y terrestre. Si bien estos enfoques siguen aportando elementos valiosos para el análisis estratégico, las doctrinas actuales incorporan una concepción más amplia del poder, que combina presencia sostenida, control de espacios funcionales, capacidad de proyección multiescalar e instrumentos de influencia política, económica y tecnológica. En este marco, la reformulación de la estrategia marítima estadounidense en el siglo XXI refleja una adaptación estructural a un entorno global caracterizado por la interdependencia compleja, la competencia multidimensional y la disputa por la gobernanza de los espacios comunes (Levaggi, 2023).

Desde una perspectiva conceptual, se parte de la idea —ampliamente aceptada en la literatura sobre política exterior— de que las decisiones en esta materia resultan de la interacción entre variables del entorno internacional y condicionamientos domésticos. Tal como plantearon James Rosenau (1976) y Roberto Russell (1991), la política exterior es el resultado de un proceso complejo donde confluyen factores sistémicos, intereses nacionales y mediaciones internas.

En esta línea, distintas aproximaciones han destacado la creciente imbricación entre lo interno y lo externo en la formulación de la política exterior. Uno de los aportes pioneros fue el concepto de *linkage politics* desarrollado por Rosenau (1973), que subrayó cómo los vínculos entre las dinámicas domésticas y los procesos internacionales condicionan las decisiones estatales. Más adelante, Manning (1977) y Putnam (1996) profundizaron esta perspectiva con el modelo interméstico, que plantea que los asuntos internos e internacionales se entrelazan de manera creciente, alimentados por la porosidad de las fronteras y la emergencia de actores subestatales con capacidad de proyección externa.

Las estrategias de seguridad, defensa y proyección marítima pueden así comprenderse como componentes articulados de la política exterior de Estados Unidos, orientados a ordenar prioridades, delimitar áreas de interés estratégico y proyectar poder en escenarios clave. Tal como plantea Lorenzini (2011), las estrategias de inserción internacional constituyen esquemas centrales que organizan la acción exterior de los Estados y permiten interpretar sus principales orientaciones frente al sistema internacional.

Metodológicamente, el análisis adopta un enfoque descriptivo-analítico, centrado en el estudio de documentos oficiales y literatura especializada, con el objetivo de identificar y examinar la evolución de las concepciones de seguridad de Estados Unidos, así como el papel de la estrategia marítima como instrumento clave en su política exterior. Este abordaje permite conectar las transformaciones del sistema internacional con los cambios observables en las orientaciones adoptadas por la Casa Blanca y el Pentágono.

El artículo se estructura en tres secciones. En primer lugar, se analizan los principales cambios en la gobernanza de la seguridad internacional y regional por parte de Estados Unidos desde el fin de la Guerra Fría, con especial atención a la crisis de 2008 como punto de inflexión. En segundo lugar, se examinan las transformaciones más recientes en el marco de la actual transición hegemónica, centrada en la puja de poder con China. En tercer término, se aborda la evolución de la estrategia marítima estadounidense como componente estructural de su proyección global y regional.

1. La evolución de la estrategia de seguridad de Estados Unidos: de la post-Guerra Fría a la crisis financiera (1990-2008)

El rol de Estados Unidos en la gobernanza de la seguridad internacional y regional en el siglo XXI no puede comprenderse sin considerar la evolución de sus estrategias de seguridad durante las décadas previas. Desde el fin de la Guerra Fría, Washington consolidó su liderazgo a través de la formulación de Estrategias de Seguridad Nacional (ESN), documentos que delimitan sus prioridades en materia de defensa, identifican amenazas y establecen directrices sobre el uso del poder militar y económico, así como el rol de sus alianzas para garantizar la estabilidad global.

Si bien existieron antecedentes de planificación estratégica, no fue hasta mediados de la década de 1980 que se instauró una obligación legal y una sistematización concreta en su elaboración. La creación del Consejo de Seguridad Nacional (*National Security Council*) en 1947 constituyó un primer paso hacia la institucionalización de este proceso. Sin embargo, recién con la Ley Goldwater-Nichols de 1986 se estableció el mandato legal de presentar periódicamente una Estrategia de Seguridad Nacional¹. A partir de la primera versión oficial publicada en 1987, bajo la presidencia de Ronald Reagan, cada administración ha mantenido esta práctica, con enfoques diversos según el contexto internacional, aunque sin una periodicidad estricta (Llenderozas, 2018).

Durante la Guerra Fría, la política de seguridad estadounidense se centró en la contención de la Unión Soviética mediante una combinación de diplomacia, poder militar y expansión económica. No obstante, los acontecimientos que marcaron el final del conflicto bipolar —la caída del Muro de Berlín, la reunificación alemana y la disolución de la URSS entre 1989 y 1991— impulsaron una reformulación de este paradigma (Chin, Skinner & Yoo, 2023). En ese marco, la ESN de 1990, bajo el mandato de George H. W. Bush, adoptó un enfoque pragmático orientado al orden internacional, la prosperidad económica y la promoción de valores democráticos. A su vez, propuso integrar a la Unión Soviética como un “socio constructivo” y mantener la relación con Moscú como prioridad estratégica, al tiempo que reafirmó la alianza con Europa Occidental y apoyó la reunificación europea (*The White House*, 1990; Chin *et al.*, 2023).

Desde una perspectiva regional, esta estrategia enfatizó la necesidad de estabilidad en Asia-Pacífico, el fortalecimiento de vínculos con Medio Oriente y el sur de Asia, y el reconocimiento de las dificultades persistentes en América Latina, particularmente en Centroamérica. También evidenció las contradicciones en la política soviética hacia Medio Oriente, debido al continuo suministro de armas a países como Libia y Siria (*The White House*, 1990).

Con la disolución definitiva de la URSS, la ESN de 1991 proclamó el inicio de una “nueva era”, reafirmando los principios de su antecesora —libre mercado, previsibilidad global y promoción democrática—, aunque alertando sobre el riesgo de un retorno al aislacionismo. La crisis del Golfo fue utilizada como ejemplo de la necesidad de mantener un liderazgo activo en el nuevo orden internacional (*The White House*, 1991).

¹ La ESN no es un documento exclusivamente militar, sino una estrategia integral que define los intereses y objetivos de EE.UU. en política exterior, seguridad y economía. El documento está dirigido principalmente al Congreso, ya que le permite supervisar la política de seguridad y evaluar la asignación de recursos (Llenderozas, 2018).

La última estrategia de la administración Bush padre, publicada en 1993, funcionó más como un balance de logros que como una hoja de ruta a futuro. Introdujo el principio de “compromiso colectivo” como eje de acción, subrayando la relevancia de la cooperación internacional ante los desafíos emergentes del orden post-Guerra Fría (*The White House*, 1993; Chin *et al.*, 2023).

Durante el gobierno de Bill Clinton se sostuvo el liderazgo global de Estados Unidos, adaptado a un escenario más interdependiente y con amenazas más diversificadas. Su doctrina de “expansión” promovió la ampliación de las democracias liberales y el libre comercio como herramientas centrales de gobernanza global. Si bien se priorizó la cooperación multilateral, se mantuvo la primacía militar como pilar de la estrategia. En este marco, Asia adquirió una importancia creciente, en particular por la necesidad de integrar a una China en ascenso al orden liberal a través del comercio y la diplomacia (*The White House*, 1994–2000; Mearsheimer, 2019; Chin *et al.*, 2023).

El inicio del siglo XXI trajo consigo desafíos que transformaron profundamente la doctrina estadounidense. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, el gobierno de George W. Bush comenzó a referirse a la necesidad de una lucha contra el terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva. Sin embargo, con el correr de los meses, ese enfoque discursivo derivó en la formulación de una “guerra contra el terrorismo”, que sirvió de marco para justificar las intervenciones militares en Afganistán e Irak mediante la adopción del principio de “guerra preventiva” en sus Estrategias de Seguridad Nacional. En consecuencia, varias regiones del mundo —entre ellas América Latina— perdieron centralidad dentro de la agenda de seguridad, desplazadas por las prioridades centradas en Medio Oriente (*The White House*, 2002, 2006; De Carlos Izquierdo, 2015; Soto Reyes, 2018; Mearsheimer, 2019).

No obstante, este giro no implicó una exclusión total de dichas regiones del radar estratégico. Desde la década de 1980, las Estrategias de Seguridad Nacional (ESN) han incluido menciones a América Latina y a otras áreas geográficas, aunque con una jerarquía oscilante. Durante ese período, el hemisferio occidental figuraba entre las zonas prioritarias junto con Europa y Asia Oriental. Sin embargo, a partir de 2002 el foco comenzó a trasladarse hacia Medio Oriente y, desde 2010, hacia el Indo-Pacífico, reflejando un reordenamiento geoestratégico más amplio (Chin *et al.*, 2023).

El análisis de estas estrategias permite observar cómo han evolucionado las prioridades de seguridad de Estados Unidos, así como su enfoque hacia la gobernanza global y regional. Tras el fin de la Guerra Fría, Washington dejó atrás la lógica de contención para adoptar un modelo más flexible, centrado en la promoción del orden liberal bajo su liderazgo. Esta transformación respondió a un entorno internacional dinámico, en el cual el país redefinió sus objetivos estratégicos y ajustó su papel frente a amenazas emergentes y desafíos globales cambiantes.

En ese proceso, si bien no siempre de forma explícita, también puede rastrearse la relevancia otorgada a la dimensión marítima como soporte de su poder global. Si bien las Estrategias de Seguridad Nacional (ESN) de este período no siempre incorporan una “estrategia marítima” como categoría autónoma, es posible identificar referencias consistentes a elementos propios del poder naval, tales como la protección del comercio global, la libertad de navegación y el control de espacios estratégicos. La ESN de 1990, por ejemplo, alude a la necesidad de mantener un sistema internacional abierto al comercio y al acceso a recursos clave, lo cual implica garantizar rutas marítimas seguras. (*The White House*, 1990). En la ESN de 2002, ya en el contexto posterior al 11-

S, aparece de forma más explícita la preocupación por proteger la infraestructura portuaria y prevenir ataques contra el transporte marítimo (*The White House*, 2002).

Este énfasis no constituye un fenómeno aislado, sino que responde a una continuidad doctrinaria más amplia en torno al poder naval como instrumento central de la proyección global estadounidense. Tras el fin de la amenaza soviética, la estrategia marítima de Estados Unidos se consolidó en torno a la proyección de poder y al objetivo explícito de mantener la primacía —o supremacía— naval. En esa lógica, la superioridad de sus capacidades, el despliegue global y la presencia avanzada conformaron los pilares fundamentales de su accionar marítimo, elementos que se reflejan con claridad en documentos como las *Quadrennial Defense Review* de 1997 y 2001, y en la *Estrategia Marítima para el Siglo XXI* de 2007 (Departamento de Defensa de EE.UU., 1997, 2001; Departamento de la Marina de EE.UU., 2007).

Incluso sin mencionar directamente a Alfred T. Mahan, las ideas mahanianas —basadas en la supremacía naval, el dominio de las líneas de comunicación marítima y la presencia sostenida en los mares— subyacen a buena parte de las orientaciones estratégicas de estas décadas, evidenciando su influencia persistente en la planificación de seguridad nacional. Esta continuidad puede comprenderse en el marco de una escuela de pensamiento navalista que asocia el control del mar con el liderazgo internacional, y que encuentra sus raíces en la tradición de la Marina Imperial británica, retomada por pensadores como Robert Kaplan y por estrategias navales contemporáneos (Levaggi, 2023).

2. Redefiniciones estratégicas frente al ascenso de nuevas potencias: EE.UU. y la seguridad en la transición hegemónica (2008-2024)

Tras consolidar su hegemonía unipolar en los años noventa, Estados Unidos comenzó a enfrentar en el siglo XXI una creciente cantidad de desafíos estructurales, tanto en el plano económico como en el geopolítico (Sanahuja, 2017; De La Balze, 2019; Mearsheimer, 2019; Tokatlián, 2021). Entre ellos, el ascenso de China se volvió un eje central en la reconfiguración del orden global. Aunque el proceso se inició con las reformas de 1978, la proyección internacional china se intensificó a partir de los 2000, con un fuerte avance en comercio, tecnología y seguridad global (Abdenur y de Souza Neto, 2013; Ayuso y Viilup, 2013; Yuan, 2020).

De manera paralela, el fortalecimiento del bloque BRICS potenció el ascenso de potencias emergentes con capacidad para disputar la primacía estadounidense (Giaccaglia, 2016; Sanahuja, 2017; Merino, Regueiro Bello y Tadeu Ilecias, 2022). La crisis financiera de 2008 aceleró esta tendencia, debilitando la posición relativa de EE.UU. y habilitando la emergencia de actores con mayores márgenes de maniobra dentro de la gobernanza global. Rusia, India y otros miembros del bloque promovieron iniciativas para erosionar el orden unipolar, reforzando su participación en foros internacionales y proponiendo modelos alternativos, incluso en cuestiones de seguridad (Newman & Zala, 2017; Merino *et al.*, 2022).

Una muestra de esta divergencia fue la oposición del bloque BRICS a la doctrina de la "Responsabilidad de Proteger" (*R2P*), promovida en el ámbito de Naciones Unidas por las potencias occidentales. Intervenciones como la de Libia (2011) o la crisis siria (2013) evidenciaron la resistencia del bloque, que defendió los principios de soberanía y no injerencia (Krahmann, 2005; Kenkel & Destradi, 2019). En este contexto, la legitimidad internacional de Estados Unidos sufrió un progresivo desgaste, especialmente debido a la percepción de unilateralismo, evidenciada en la invasión a

Irak de 2003 (Calderón, 2021). Frente a este escenario, Washington redefinió sus prioridades estratégicas. El enfoque unilateral de la era post 11-S fue reemplazado gradualmente —especialmente tras la eliminación de Osama bin Laden— por una estrategia más adaptativa, acorde a un mundo cada vez más fragmentado y multipolar (Colom Piella, 2013).

Durante la presidencia de Barack Obama, se reconfiguró el pensamiento estratégico estadounidense. La consolidación de nuevas potencias, la incertidumbre sistémica y las restricciones presupuestarias derivadas de la crisis financiera internacional actuaron como catalizadores del cambio. La Estrategia de Seguridad Nacional de 2010 y la Guía Estratégica del Departamento de Defensa de 2012 reconocieron que Estados Unidos ya no era el único actor dominante, introduciendo una lógica de contención del gasto militar y de reposicionamiento global (*The White House*, 2010; Departamento de Defensa de EE.UU., 2012).

En este marco, la administración Obama adoptó lo que algunos analistas denominaron una estrategia de “primacía calibrada” (Tokatlián, 2021, p. 69), caracterizada por un multilateralismo selectivo, coordinación con aliados clave y una reducción paulatina de la presencia militar en zonas de conflicto en Medio Oriente. Aunque se intentó evitar un involucramiento prolongado en guerras como la de Irak, hubo excepciones puntuales, como la intervención en Libia. En 2014, Estados Unidos lideró la Coalición Internacional contra el Estado Islámico, desplegando tropas en el noroeste de Siria sin involucrarse directamente en el conflicto interno (González Levaggi, 2023).

Con el progresivo desplazamiento del terrorismo y la insurgencia como ejes prioritarios, Washington redirigió su atención hacia desafíos estratégicos convencionales. La estrategia estadounidense se reorientó hacia una mayor anticipación basada en inteligencia prospectiva, el uso de tecnologías avanzadas como drones y fuerzas especiales, y la protección de bienes comunes globales: ciberespacio, espacio ultraterrestre y rutas marítimas estratégicas (*The White House*, 2010, 2015; Departamento de Defensa de EE.UU., 2012; Colom Piella, 2013; Denmark y Mulvenon en Colom Piella, 2013; Soto Reyes, 2018).

Uno de los ejes centrales de esta redefinición fue el “reequilibrio” hacia Asia-Pacífico, conocido como *pivot to Asia* (Chin *et al.*, 2023). Esta estrategia redirigió recursos desde Medio Oriente hacia el Indo-Pacífico, reforzando alianzas regionales y consolidando la presencia estratégica de EE.UU. (*The White House*, 2010, 2015; Departamento de Defensa de EE.UU., 2012) En este contexto, el ascenso de China se expresó en iniciativas como la Franja y la Ruta y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. Como contrapartida, la administración Obama impulsó el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), del que China fue excluida (Morgenfeld, 2016; *Office of the United States Trade Representative – Executive Office of the President*, s.f.).

Desde documentos previos, como el Reporte de las Revisiones Cuadrienes de 2006 (*Quadrennial Defense Review Report*) y la Estrategia de Defensa Nacional de 2008 (*National Defense Strategy*), ya se advertía sobre el potencial desafío militar que representaba China (Departamento de Defensa de EE.UU., 2006, 2008). El Reporte de las Revisiones Cuadrienes de 2010 y la Estrategia de Defensa Nacional de 2012 reforzaron esta idea, destacando su creciente peso en los asuntos regionales y globales (Departamento de Defensa de EE.UU., 2010, 2012). En particular, el documento de

2012, publicado tras la retirada de tropas de Irak, insistió en la necesidad de aplicar el *pivot to Asia*.

En relación con Rusia, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2015 alertó sobre su creciente agresividad, señalando que la violación de la soberanía e integridad territorial de Ucrania y su actitud beligerante hacia países vecinos representaban una amenaza a las normas internacionales establecidas tras la Guerra Fría. En respuesta, Estados Unidos lideró una iniciativa internacional de apoyo a Ucrania, reforzó los compromisos de seguridad con sus aliados y aumentó su presencia en Europa Central y Oriental para disuadir una mayor agresión rusa. Además, se adoptaron sanciones económicas y se impulsaron estrategias para fortalecer la seguridad energética europea. No obstante, la política de Washington mantuvo abierta la posibilidad de cooperación con Moscú en áreas de interés común, siempre que Rusia optara por un enfoque más colaborativo y respetuoso de la soberanía de sus vecinos (*The White House*, 2015). En el ámbito latinoamericano, el gobierno de Obama adoptó un enfoque interconectado, articulando seguridad, comercio y gobernanza democrática sin comprometer grandes recursos, lo que permitió mantener una presencia activa en la región (Battaleme, 2018).

En síntesis, a pesar de los cambios discursivos respecto a su predecesor, Obama mantuvo muchas de las lógicas estructurales de la política exterior estadounidense, reflejando una adaptación pragmática a un contexto internacional en transformación.

El arribo de Donald Trump a la presidencia en 2017 implicó un cambio sustantivo: se retomó un unilateralismo agresivo y se desestimaron mecanismos multilaterales (Tokatlián, 2021). Como ya se vislumbraba desde años previos, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 y la Estrategia de Defensa Nacional de 2018 afirmaron que la principal amenaza ya no era el terrorismo, sino la competencia con potencias revisionistas como China y Rusia. Esto se tradujo en una reafirmación de la supremacía militar, el fortalecimiento de alianzas tradicionales y la reorganización del Departamento de Defensa (*The White House*, 2017; Departamento de Defensa de EE.UU., 2018; Soto Reyes, 2018; González Martín, 2020; Calderón, 2021; Torres Sospedra en Calderón; Chin *et al.*, 2023).

La relación con China, que ya mostraba signos de fricción durante el período liderado por Obama, se tornó abiertamente conflictiva bajo Trump. Mientras que su predecesor había implementado una estrategia de “reequilibrio” hacia Asia, Trump adoptó un enfoque más confrontativo, buscando frenar el ascenso chino en distintos ámbitos (Tokatlián, 2021). El “Proyecto China 2025”, que promovía el liderazgo tecnológico chino en sectores estratégicos como telecomunicaciones, inteligencia artificial y energías renovables, fue interpretado en Washington como una amenaza directa a su hegemonía (Soto Reyes, 2018; De La Balze, 2019). Frente a ello, Trump implementó una política de contención que incluyó una guerra comercial con China y la retirada del Tratado de Asociación Transpacífico (*TPP*) en 2017 (BBC, 2017; *Office of the United States Trade Representative – Executive Office of the President*, 2017).

A nivel global, Trump rechazó la diplomacia multilateral. Un ejemplo fue su decisión de abandonar el acuerdo nuclear con Irán en 2018, lo que erosionó el liderazgo estadounidense en la gobernanza internacional (Calderón, 2021). En América Latina, el Marco Estratégico para el Hemisferio Occidental de 2020 identificó a Cuba, Venezuela y Nicaragua como amenazas regionales, debido a sus vínculos con actores extra-regionales como China y Rusia (González Martín, 2020; *The White House*, 2020). En este marco, se promovió una estrategia de *wedging* (Crawford en Battaleme, 2018, p.

2012), combinando presión diplomática con refuerzo de la presencia militar, especialmente a través del Comando Sur (*SOUTHCOM*) (*U.S. Southern Command*, s.f.). La preocupación de Washington se reflejó en episodios como la instalación de una base de uso dual china en Neuquén (Argentina), percibida como un desafío estratégico para los intereses estadounidenses (Battaleme, 2018).

En Medio Oriente, la administración Trump adoptó una postura más cautelosa, evitando una implicación directa en el conflicto sirio. No obstante, acordó la retirada de tropas estadounidenses de Afganistán en un pacto con los talibanes, que se concretó en 2021 con la toma de Kabul por los insurgentes. Esta decisión respondía a un cambio en las prioridades estratégicas de EE.UU., con un enfoque cada vez mayor en el Indo-Pacífico ante el ascenso de China (González Levaggi, 2023).

En términos generales, la política exterior de Trump se caracterizó por su unilateralismo, el enfrentamiento con China, la salida de acuerdos internacionales, el giro estratégico hacia el Indo-Pacífico y el aislamiento en ciertos conflictos globales. Todo esto enmarcado en una creciente puja de poder con potencias revisionistas como China y Rusia.

Por su parte, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2022, elaborada por la gestión de Biden, mantuvo la estructura general de sus predecesoras, aunque incorporó un énfasis renovado en la competencia estratégica con China y Rusia. Organizada en torno a tres pilares —el fortalecimiento de las capacidades e influencia de Estados Unidos, la diplomacia y la modernización militar—, esta estrategia buscó consolidar el liderazgo estadounidense a través de la promoción de la democracia, la cooperación frente a desafíos globales y el establecimiento de normas en áreas clave como la tecnología y el comercio (*The White House*, 2022b). A diferencia de la *Interim National Security Strategic Guidance* publicada en 2021, que actuó como una guía provisional mientras se elaboraba un enfoque más exhaustivo, el documento de 2022 ofreció una visión más amplia y detallada, incluyendo referencias a un mayor número de países y regiones estratégicas (*The White House*, 2021, 2022b; Chin et al., 2023).

En el Indo-Pacífico, el gobierno de Biden reforzó sus alianzas y desarrolló documentos estratégicos que consolidan la presencia estadounidense en la región. Una de sus primeras acciones fue revitalizar el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral (*Quadrilateral Security Dialogue*, *Quad*)², un foro de cooperación en materia de seguridad que reúne a EE.UU., India, Japón y Australia. En marzo de 2021, los líderes de estos países celebraron la primera cumbre virtual a nivel de jefes de Estado, lo que marcó un salto cualitativo en su coordinación estratégica (Smith, 2021; Chanlett-Avery, Kronstadt & Vaughn, 2023). Asimismo, promovió la creación de *AUKUS*, una alianza militar con el Reino Unido y Australia, destinada a fortalecer un esquema de defensa en

² El *Quad* es un foro estratégico compuesto por Estados Unidos, Australia, India y Japón. Surgió a partir de la cooperación marítima tras el tsunami del Océano Índico en 2004, pero en 2007 tomó una forma más estructurada con reuniones y ejercicios conjuntos. Sin embargo, en 2008 entró en pausa tras la retirada de Australia, en parte debido a la presión de China. El grupo resurgió en 2017 con un enfoque renovado en la seguridad del Indo-Pacífico, impulsado por las crecientes tensiones con China. Desde entonces, ha ampliado su agenda para abordar cuestiones de seguridad, economía y salud. Aunque no es una alianza formal, sus miembros han fortalecido su coordinación en áreas como vacunas, cambio climático y cadenas de suministro. En 2020, realizaron ejercicios navales conjuntos por primera vez en más de una década, y en 2021 celebraron una cumbre de alto nivel para definir una agenda común de cooperación (Smith, 2021).

la región y contrarrestar la creciente influencia china (BBC, 2023; Departamento de Defensa de EE.UU., s.f.b).

A nivel doctrinario, en febrero de 2022, la Casa Blanca presentó la “Estrategia Indo-Pacífica de EE.UU.”, un documento que subrayó la relevancia de la región para la seguridad y prosperidad estadounidenses y alertó sobre los desafíos que plantea China. Según este enfoque, la República Popular China ha buscado consolidar una esfera de influencia en la región mediante el uso combinado de poder económico, diplomático, militar y tecnológico. En este marco, la estrategia estadounidense señaló prácticas de coerción económica, disputas territoriales y presiones sobre países vecinos, incluyendo las tensiones en Taiwán, los conflictos en los mares del Este y del Sur de China y la confrontación con India en la Línea de Control Real. Frente a estos desafíos, EE.UU. reafirmó su compromiso con un Indo-Pacífico libre y abierto, fortaleciendo su presencia y alianzas en la región para promover la estabilidad y el orden internacional basado en normas (Tertia & Agung Banyu Perwita, 2018; *The White House*, 2022a).

En cuanto a la ESN de 2022, la invasión rusa a Ucrania tuvo un impacto significativo en su formulación, obligando a la dirigencia a revisar sus primeros borradores y actualizar sus prioridades. Como resultado, el documento hizo numerosas referencias a la agresión rusa y resaltó la importancia de Ucrania y Taiwán para la seguridad global (*The White House*, 2022b).

Otro cambio relevante es la inclusión del Ártico y el espacio como regiones estratégicas de competencia global. Mientras que en estrategias anteriores estas áreas eran consideradas secundarias, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2022 introdujo secciones específicas sobre estos ámbitos, reflejando una visión ampliada de la seguridad. En particular, la mención del Ártico se incrementó notablemente en comparación con documentos previos, en sintonía con la nueva Estrategia Nacional para la Región del Ártico publicada por la Casa Blanca (*The White House*, 2022b; *The White House en Chin et al.*, 2023).

El documento también enfatiza la competencia ideológica entre democracias y regímenes autoritarios como un elemento central de la seguridad internacional. Biden refuerza la idea de que la democracia debe demostrar su superioridad frente a otros sistemas de gobierno, alineándose con sus discursos previos y con la convocatoria a la "Cumbre por la Democracia" en 2021 (Chin *et al.*, 2023).

La evolución de las políticas de seguridad de Estados Unidos en el siglo XXI refleja una constante reconfiguración de sus estrategias para sostener su posición hegemónica en un sistema internacional cada vez más fragmentado y competitivo. Desde la "primacía calibrada" de Obama hasta el unilateralismo agresivo de Trump, Washington ha oscilado entre enfoques multilateralistas y posturas más confrontativas, particularmente en su relación con China y Rusia. Si bien la lucha contra el terrorismo dominó las primeras dos décadas del siglo, la creciente puja de poder entre Estados ha desplazado progresivamente el foco hacia la contención de potencias revisionistas y la defensa de los intereses estratégicos estadounidenses en regiones clave.

Este proceso no ha sido únicamente reactivo. Frente a una transición hegemónica en curso, Estados Unidos también ha desarrollado estrategias proactivas para anticipar escenarios de disputa y preservar su primacía. En este marco, la visión estadounidense sobre la seguridad marítima adquiere una relevancia central, ya que los océanos representan espacios estratégicos donde se proyecta poder, se resguardan recursos críticos y se controlan rutas comerciales fundamentales. Así, analizar cómo

Washington redefine sus prioridades en este ámbito permite comprender mejor las dinámicas de poder que estructuran la competencia global actual.

3. La seguridad marítima en la estrategia de Estados Unidos

A lo largo de la historia, los espacios marítimos han constituido un eje central de disputa entre las grandes potencias, impulsando el desarrollo de diversas estrategias orientadas a su control y resguardo. En este marco, resulta crucial analizar la concepción de seguridad marítima adoptada por Estados Unidos, así como el lugar que estos espacios ocupan dentro de su estrategia geopolítica global.

Desde la segunda mitad del siglo XX, la presencia naval estadounidense ha sido dominante, respaldada por una flota de aguas azules con capacidades expedicionarias y una extensa red de bases distribuidas en múltiples continentes (Hang y Dojas, 2016; Mitchell, 2016; Richardson, 2016; Kagan en Altieri, 2018). No obstante, dicha supremacía ha enfrentado diversos desafíos a lo largo del tiempo, lo que ha impulsado una reconfiguración progresiva de su estrategia marítima. Es posible identificar dos grandes etapas en este proceso: una primera, comprendida entre el fin de la Guerra Fría y la crisis financiera de 2008; y una segunda, caracterizada por la redefinición de prioridades estratégicas frente a una nueva configuración del orden internacional. Esta periodización permite observar cómo la seguridad marítima se inscribe en las transformaciones más amplias de las estrategias estadounidenses de seguridad y defensa.

Durante la Guerra Fría, la estrategia marítima de Estados Unidos se orientó fundamentalmente al apoyo de operaciones terrestres en conflictos como Corea y Vietnam (Mitchell, 2016). En los años setenta, el fortalecimiento de la Armada soviética incentivó a la administración Reagan a expandir las capacidades de la flota estadounidense. Tras la disolución de la Unión Soviética, la Marina redujo su tamaño, pero incorporó innovaciones tecnológicas —como misiles de crucero y vehículos no tripulados— que redefinieron su proyección operativa (González Levaggi, 2023). Con la desaparición de la rivalidad bipolar, Estados Unidos y sus aliados se consolidaron como actores dominantes en los océanos, lo que generó la percepción de un control marítimo incuestionable. Sin embargo, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, las fuerzas navales adoptaron un rol prioritario en funciones logísticas y de apoyo aéreo en conflictos terrestres, al tiempo que incrementaron su involucramiento en misiones no convencionales, como el combate a la piratería, el terrorismo y otras amenazas transnacionales (Mackinlay Ferreirós, 2013).

La crisis financiera de 2008 marcó el inicio de una nueva etapa en la estrategia marítima estadounidense. Aunque la proyección de poder se mantuvo como eje central —con énfasis en la presencia avanzada y el control de espacios marítimos clave—, se evidenció una reorientación estratégica a partir de un cambio en las percepciones de amenaza. Desde entonces, la puja de poder con China y Rusia pasó a ocupar un lugar prioritario en la agenda de defensa (Richardson, 2016).

Si bien tanto China como Rusia han sido históricamente consideradas potencias continentales, en los últimos años han adoptado estrategias de proyección marítima que desafían el *statu quo* internacional. En el caso de China, su ascenso como potencia revisionista ha estado acompañado por una modernización acelerada de sus capacidades navales, con el objetivo de proteger rutas comerciales estratégicas, expandir su influencia en regiones clave —como el Indo-Pacífico, el Océano Índico y el Atlántico Sur—, y disputar la gobernanza marítima global (Kaplun, 2024). Esta reorientación

refleja la comprensión de que el dominio de los mares resulta indispensable para sostener su expansión económica, acceder a recursos críticos y fortalecer su peso geopolítico. Por su parte, Rusia ha estado fortaleciendo su presencia militar y marítima en el Ártico, y la anexión de Crimea le ha otorgado una posición estratégica clave y acceso al Mediterráneo a través de la base de Sebastopol y el control del Mar Negro. Estas acciones se consideran parte de una estrategia más amplia de Vladimir Putin para restaurar el poder de Rusia y recuperar su relevancia como actor internacional en el siglo XXI (Attacalite y Mattern, 2021; Moyano, 2021). A pesar de sus limitaciones económicas, Moscú continúa usufructuando su legado soviético en materia de despliegue exterior y relaciones derivadas de su industria de defensa, mientras mantiene una fuerte presencia en regiones consideradas parte de su esfera de influencia vital, como Asia Central (Calderón, 2022). Este panorama ha llevado a Estados Unidos a redoblar sus esfuerzos por consolidar una presencia marítima robusta y sostenida, no solo como garantía de seguridad, sino también como instrumento fundamental de competencia estratégica frente a potencias emergentes.

La “Estrategia cooperativa para el poder naval del siglo XXI” (“*Cooperative Strategy for 21st Century Seapower*”), publicada en 2007, representó un hito al constituir el primer documento conjunto elaborado por la Armada, el Cuerpo de *Marines* y la Guardia Costera de Estados Unidos. Este documento destacaba la necesidad de integrar el poder naval con otros instrumentos del poder nacional, así como con las capacidades de aliados y socios internacionales, con el objetivo de resguardar un sistema global interconectado (Departamento de la Marina de EE.UU., 2007). A diferencia de revisiones posteriores, esta estrategia no identificaba de manera explícita a China o Rusia como amenazas estratégicas, sino que enfatizaba la interdependencia global y la centralidad del dominio marítimo en la estabilidad internacional. Alertaba sobre una intensificación de la competencia por recursos y rutas estratégicas sin señalar actores específicos, y definía seis capacidades esenciales del poder naval estadounidense: presencia avanzada, disuasión, control del mar, proyección de poder, seguridad marítima y asistencia humanitaria (Altieri, 2018). Asimismo, promovía la cooperación multilateral para hacer frente a amenazas transnacionales como el terrorismo, la piratería y el tráfico ilícito (Departamento de la Marina de EE.UU., 2007).

La revisión estratégica de 2015 (“*Cooperative Strategy for 21st Century Seapower*”) introdujo cambios sustanciales en la percepción de seguridad de Estados Unidos, en un contexto de creciente rivalidad entre grandes potencias. Aunque mantuvo el énfasis en la cooperación internacional, adoptó un enfoque más orientado a la disuasión y al control de espacios marítimos estratégicos, en respuesta al ascenso de China en el Indo-Pacífico y al incremento de la asertividad rusa, especialmente tras la anexión de Crimea y el conflicto en Ucrania (Departamento de la Marina de EE.UU., 2015). Asimismo, el documento reconocía el impacto de la proliferación de tecnologías militares avanzadas sobre la capacidad de proyección de poder estadounidense, entre las que destacaban los misiles de largo alcance, los sistemas integrados de comando y control, la defensa aérea de última generación y las capacidades cibernéticas y de guerra electrónica, lo que exigía una mayor resiliencia operativa.

Otro eje relevante fue la creciente preocupación por la proliferación de armas de destrucción masiva, en particular las capacidades nucleares de Corea del Norte e Irán, y el riesgo de que actores no estatales accedieran a estos arsenales. En este contexto, la estrategia reafirmó la importancia de la presencia avanzada como mecanismo de disuasión, respuesta ante crisis y fortalecimiento de alianzas. Se proyectó

una expansión de la flota a más de 300 buques, con un despliegue adelantado de 120 unidades para 2020, superando el promedio de 97 registrado en 2014 (Departamento de la Marina de EE.UU., 2015).

Uno de los aportes centrales de la revisión de 2015 fue la incorporación del concepto de “acceso en todos los dominios” (*all domain access*), que amplió las funciones tradicionales del poder naval —disuasión, control del mar, proyección de poder y seguridad marítima— al incluir la capacidad de operar de manera integrada en los ámbitos marítimo, terrestre, aéreo, espacial, cibernético y electromagnético. Esta ampliación respondía a los desafíos planteados por las estrategias de negación de área y denegación de acceso (*A2/AD*) impulsadas por potencias rivales. El documento también reafirmaba la centralidad del Indo-Pacífico para la seguridad y prosperidad estadounidense, al tiempo que destacaba el fortalecimiento de alianzas con Australia, Japón, Nueva Zelanda, Filipinas, Corea del Sur y Tailandia, junto con asociaciones estratégicas con India, Indonesia, Malasia, Pakistán, Singapur y Vietnam (Departamento de la Marina de EE.UU., 2015).

En esta revisión, China ocupó un lugar destacado. Si bien se reconocía su participación en operaciones contra la piratería y misiones humanitarias, también se advertía sobre los riesgos de su expansión naval y el uso de la fuerza en disputas territoriales. La estrategia combinaba medidas disuasorias con una política de interacción constructiva, con el objetivo de mitigar riesgos de escalada (Departamento de la Marina de EE.UU., 2015). Además del Indo-Pacífico, se abordaban otras áreas críticas, como Medio Oriente y África, haciendo hincapié en que la debilidad institucional en ciertos Estados favorecía la expansión del extremismo violento y las redes criminales transnacionales. Asimismo, se subrayaba el rol de la OTAN como pilar de la seguridad transatlántica frente al proceso de modernización militar ruso y su creciente intervención regional.

La directriz oficial también incorporó el análisis de los impactos energéticos y ambientales en la seguridad marítima. La creciente demanda global de energía y la relevancia de rutas estratégicas, como los estrechos de Ormuz y Malaca, justificaron un refuerzo de la presencia naval para garantizar la libre circulación del comercio. Por otra parte, el deshielo del Ártico y la expansión de las actividades en la Antártida incrementaron la relevancia geoestratégica de ambas regiones, lo que impulsó la promoción de enfoques cooperativos a través de foros como el Consejo Ártico y el Sistema del Tratado Antártico (Departamento de la Marina de EE.UU., 2015).

En 2020, la estrategia “Ventaja en el mar: prevalecer con un poder naval integrado en todos los dominios” (*“Advantage at Sea. Prevailing with Integrated All-Domain Naval Power December”*) consolidó el marco de competencia estratégica con China y Rusia, identificándolos explícitamente como rivales. El documento enfatizó el carácter prolongado de la disputa con China, a la que definió como la amenaza estratégica más urgente, dada su expansión económica y militar, su creciente poder naval y su voluntad de transformar el orden internacional vigente. A diferencia de las estrategias de 2007 y 2015, esta evaluación planteó que China ya no constituía un desafío regional, sino un actor que procuraba desestabilizar la gobernanza marítima global mediante el uso combinado de su Armada, Guardia Costera y Milicia Marítima (Departamento de la Marina de EE.UU., 2020). Esta caracterización se encontraba en línea con lo expresado en el informe sobre la estrategia del Indo-Pacífico de 2019, donde se la describía como una potencia revisionista con intenciones de alterar el equilibrio de poder regional (Departamento de Estado de EE.UU., 2019).

Según esta evaluación, China desplegaría una flota de múltiples capas compuesta por la Armada del Ejército Popular de Liberación, la Guardia Costera y la Milicia Marítima —esta última conformada por embarcaciones civiles con funciones navales auxiliares—, con el objetivo de socavar la soberanía de otros Estados y consolidar reclamos territoriales considerados ilegales. Asimismo, se advertía sobre la militarización de zonas disputadas en el Mar de China Meridional y la formulación de reclamaciones marítimas contrarias al derecho internacional. También se señalaba el accionar de su flota pesquera subsidiada por el Estado, que operaba en zonas económicas exclusivas de países con capacidades limitadas de defensa. Como respaldo de su estrategia, el documento advertía sobre el desarrollo por parte de China de la mayor fuerza misilística del mundo, incluyendo capacidades nucleares, con potencial para atacar fuerzas estadounidenses y aliadas en el Indo-Pacífico mediante misiles balísticos, de crucero e hipersónicos. Además, se subrayaba la creciente centralización de sus capacidades estratégicas (Departamento de la Marina de EE.UU., 2020).

La estrategia de 2020 también destacó el rol de Rusia como actor desestabilizador del orden internacional, a partir de su proceso de modernización militar y el empleo de tácticas híbridas. A diferencia del documento de 2015, que ya advertía sobre el carácter asertivo del accionar ruso, la actualización de 2020 enfatizó el creciente riesgo de ciberataques y la posibilidad del uso de armas nucleares tácticas como instrumento de disuasión en conflictos convencionales (Departamento de la Marina de EE.UU., 2020).

Otro componente central fue la profundización del concepto de “Poder naval integrado en todos los dominios”, el cual refuerza la necesidad de articular sinérgicamente las capacidades de la Armada, el Cuerpo de *Marines* y la Guardia Costera. Esta lógica integradora busca enfrentar tanto amenazas convencionales como asimétricas en un entorno estratégico cada vez más complejo. Asimismo, se puso énfasis en el fortalecimiento de alianzas y asociaciones estratégicas, especialmente con la OTAN y con socios del Indo-Pacífico, consideradas ventajas comparativas frente a las proyecciones de poder de China y Rusia (Departamento de la Marina de EE.UU., 2020). En línea con esta mirada, se subrayó la creciente relevancia geopolítica del Ártico, en virtud de la ampliación de la presencia militar rusa y de la expansión de la influencia china a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta.

Tanto las estrategias de 2015 como la de 2020 reafirmaron la supremacía marítima como un imperativo estratégico para Estados Unidos, en un contexto de competencia entre grandes potencias y transformación tecnológica. Ambas insistieron en que la seguridad nacional dependía tanto de la capacidad de disuasión como de la posibilidad de proyectar poder naval a escala global. Aunque se ha promovido la cooperación internacional y la corresponsabilidad con aliados, Washington ha continuado desempeñando el rol de garante del orden marítimo liberal, con la libertad de navegación como principio rector.

Las transformaciones del sistema internacional también impactaron en la gobernanza marítima global, particularmente en torno a la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM). La disputa entre China y Estados Unidos sobre la libertad de navegación se inscribe en las divergencias interpretativas del tratado, en especial respecto de las actividades militares en zonas económicas exclusivas. El Mar de China Meridional ha sido el epicentro de esta controversia: mientras Estados Unidos intensificó sus operaciones de libertad de navegación como respuesta a las reclamaciones territoriales chinas, la República Popular China sostuvo que tales maniobras vulneran su soberanía (Li & Raghavan, 2013; Mitchell, 2016).

A pesar de no haber ratificado la CNUDM, Estados Unidos la reconoce como un marco normativo legítimo y aplica la mayoría de sus disposiciones. En 1982, el presidente Reagan rechazó la firma del tratado debido a objeciones sobre el régimen de minería en los fondos marinos (Ronald Reagan, *Presidential Library & Museum*, 1982). No obstante, en 1983 se comprometió a actuar conforme a sus reglas sobre navegación y sobrevuelo (Ronald Reagan, *Presidential Library & Museum*, 1983). En 1994 se renegoció el capítulo relativo a los recursos minerales, y si bien el texto fue remitido al Senado, no llegó a ser ratificado (*U.S. Department of State*, s.f.). A lo largo de las décadas, distintas administraciones han apoyado su adhesión formal, sin éxito legislativo (*U.S. Department of State*, s.f.).

Actualmente, la CNUDM —ratificada por 168 Estados— constituye la principal arquitectura jurídica para la gobernanza de los océanos, regulando los derechos de los Estados ribereños y la navegación internacional. Sin embargo, Washington y Beijing han desarrollado interpretaciones contrapuestas del tratado para sustentar sus respectivas estrategias marítimas. Mientras Estados Unidos aboga por una concepción amplia de la libertad de navegación, que incluye el despliegue de buques de guerra en zonas disputadas, China sostiene una interpretación más restrictiva, basada en su concepción de soberanía territorial. Esta pugna normativa ha agudizado las tensiones, consolidando al Mar de China Meridional como uno de los principales focos del equilibrio de poder global.

En este contexto, Estados Unidos ha reforzado su presencia en la región a través de iniciativas específicas como la Iniciativa de Disuasión del Pacífico (*Pacific Deterrence Initiative*), lanzada en 2021, que asigna importantes recursos a la modernización de capacidades navales y al fortalecimiento de la seguridad de sus aliados. Esta estrategia incluye la adquisición de submarinos de ataque nuclear, destructores con misiles guiados, y la profundización de la cooperación con Estados ribereños en el marco de la Iniciativa de Seguridad Marítima del Indo-Pacífico. Entre los países participantes se encuentran Bangladesh, Filipinas, Indonesia, Malasia, Sri Lanka, Tailandia y Vietnam (González Levaggi, 2023).

Uno de los pilares más emblemáticos de la proyección de poder naval estadounidense continúa siendo su flota de portaaviones, compuesta por 11 unidades operativas y dos en construcción. Estos buques permiten garantizar disuasión estratégica y una capacidad de respuesta inmediata ante situaciones de crisis (Mitchell, 2016; González Levaggi, 2023). A esto se suma una arquitectura operacional basada en flotas distribuidas por áreas de responsabilidad estratégica: la 2.^a Flota en el Atlántico Norte occidental, la 3.^a en el Pacífico oriental, la 4.^a en el Atlántico y el Pacífico sur, la 5.^a en el Golfo Pérsico y el Mediterráneo, la 6.^a en el Atlántico oriental, y la 7.^a en el Pacífico occidental (Departamento de Defensa de EE.UU., s.f.b). Esta estructura se potencia mediante alianzas como la OTAN y mecanismos multilaterales como *AUKUS*.

Si bien el Indo-Pacífico se mantiene como eje prioritario de la política de seguridad marítima estadounidense, otros escenarios han cobrado renovada centralidad estratégica. El conflicto entre Rusia y Ucrania revalorizó espacios como el Mediterráneo y el Mar Negro, donde el despliegue activo de la Sexta Flota y las operaciones conjuntas con la OTAN reflejan una estrategia orientada a contener amenazas múltiples en teatros geopolíticamente sensibles (González Levaggi, 2023). De manera similar, el Atlántico Sur emerge como un espacio de interés, donde la presencia naval estadounidense responde a una lógica de resguardo de rutas comerciales, acceso a recursos estratégicos y contrapeso frente al avance de la influencia china.

En definitiva, la estrategia marítima de Estados Unidos constituye una manifestación concreta de su visión del orden internacional, de su doctrina de seguridad y de su capacidad de adaptación ante amenazas percibidas. Aunque enfrenta desafíos significativos —tanto por parte de potencias revisionistas como por la transformación del régimen internacional—, su poder naval sigue siendo un pilar insustituible en la preservación de su primacía global y en el control de espacios marítimos estratégicos en el siglo XXI.

Conclusión

A lo largo del siglo XXI, el posicionamiento de Estados Unidos en materia de seguridad internacional y regional ha estado marcado por un proceso de transformación profunda, condicionado tanto por las mutaciones del sistema internacional como por dinámicas internas que influyen en la formulación de su política exterior. En este recorrido, se observa una transición desde enfoques centrados en la contención y el predominio unipolar hacia estrategias más complejas y adaptativas, capaces de responder a un entorno caracterizado por la multipolaridad emergente, el ascenso de nuevos actores estatales y no estatales, y la diversificación de amenazas, muchas de ellas de naturaleza no convencional.

Desde el fin de la Guerra Fría hasta la actualidad, las distintas administraciones estadounidenses han debido replantear prioridades, redefinir zonas de interés estratégico y ajustar los instrumentos de proyección de poder en función de escenarios en constante cambio. Las respuestas no han sido homogéneas ni lineales, sino que han combinado elementos de continuidad —como la preocupación por sostener la primacía global— con giros tácticos y doctrinarios orientados a preservar márgenes de maniobra frente a nuevos desafíos.

En este entramado de transformaciones, la seguridad marítima ha adquirido una centralidad renovada. Lejos de constituir un aspecto técnico o secundario de la política de defensa, el dominio de los espacios oceánicos ha sido clave para garantizar la capacidad de Estados Unidos de proyectar poder, proteger rutas comerciales, responder ante conflictos regionales y moldear el orden internacional conforme a sus intereses. La evolución de su doctrina naval —desde una supremacía marítima incontestada hacia una estrategia de “Poder Naval Integrado en Todos los Dominios”— refleja con claridad los desafíos que impone la puja de poder con potencias como China y Rusia, así como la necesidad de articular capacidades tradicionales con herramientas tecnológicas avanzadas, alianzas dinámicas y presencia sostenida en regiones clave como el Indo-Pacífico.

En definitiva, la política de seguridad estadounidense en el siglo XXI no puede entenderse sin atender a esta dimensión marítima, que actúa como hilo conductor entre la formulación doctrinaria, la asignación de recursos y la proyección geoestratégica. La interacción entre los cambios en el entorno internacional, las percepciones de amenaza y los intereses estructurales de Washington da lugar a una estrategia que, si bien persigue la continuidad del liderazgo global, debe adaptarse a un escenario en el que la hegemonía ya no es incuestionable. Este análisis, al conectar dinámicas globales con decisiones concretas de política exterior, permite no solo comprender el presente, sino también proyectar interrogantes hacia el futuro: ¿hasta qué punto podrá Estados Unidos sostener su primacía en un orden internacional cada vez más fragmentado, competitivo e interdependiente? ¿Qué límites y oportunidades enfrentará su estrategia marítima

frente a actores que disputan el control de los espacios globales con creciente sofisticación y legitimidad?

Referencias bibliográficas

Literatura especializada:

ABDENUR, A. E. y DE SOUZA NETO, D. M. (2013). La creciente influencia de China en el Atlántico Sur / China's growing role in the South Atlantic. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (102/103), 169–197.

<http://www.jstor.org/stable/23611592>

ACHARYA, A. y BUZAN, B. (2022). *Latin America in global international relations*. Routledge, 1st edition.

ALTIERI, M. A. (2018). Nuevas Dinámicas del Poder Naval en el Siglo XXI: la competencia por el control y en el espacio marítimo. *Relaciones Internacionales*, 27(55), 197–211. Doi: <https://doi.org/10.24215/23142766e047>

ATTACCALITE, F., & MATTERN, L. (2021). El Ártico como escenario de interés estratégico para Rusia. En E. Calderón (Coord.), *Análisis CIPEI No. 19. Edición especial* (24–27). Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario

AYUSO, A., y VIILUP, E. (2013). Introducción: una nueva mirada al Atlántico / Introduction: a new perspective on the Atlantic. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (102/103), 7–27. <http://www.JSTOR.org/stable/23611585>

Barbé, E. (2010). Multilateralismo: adaptación a un mundo con potencias emergentes. *REDI, LXII(2)*, 21-50.

BATTALEME, J. (2018). Estados Unidos frente a la multipolaridad en el espacio latinoamericano. En Universidad de la Defensa Nacional (Ed.), *China, Rusia e India en América Latina* (209-234). Buenos Aires (Argentina): UNDEF Libros.

BROOKS, S. & WOHLFORTH, W. (2008). *World Out of Balance: International Relations and the Challenge of American Primacy*. Nueva York (Estados Unidos): Princeton University Press.

CALDERÓN, E. (2021). La asertividad de China en el ámbito de la Seguridad internacional y su posible impacto en Sudamérica. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*, 6(12), 68-95. Doi: <https://doi.org/10.35305/prcs.vi12.514>

CALDERÓN, E. (2022). BRICS y las chances de cooperar en torno a la seguridad internacional: un primer acercamiento. En: Giaccaglia, C.; Calderón, E.; Dussort, M. N.; Marchetti, A. (comp.) *Soplan nuevos vientos ¿Tiempos nuevos para BRICS? marcos conceptuales y pujas de poder en la negociación de la agenda internacional*. Rosario, Argentina: UNR Editora.

CHIN, J. J., SKINNER, K., & YOO, C. (2023). Understanding National Security Strategies Through Time. *Texas National Security Review*, 6(4), 103-124. https://tnsr.org/2023/09/understanding-national-security-strategies-through-time/#_ftn7

COLOM PIELLA, G. (2013). Cambio y continuidad en el pensamiento estratégico estadounidense desde el final de la Guerra Fría. *Revista de Ciencia Política*, 33(3), 675-692.

DE CARLOS IZQUIERDO, J. (2015). Las Estrategias de Seguridad Nacional de EEUU ¿algo nuevo? *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, (85), 1-13.

DE LA BALZE, F. (2019). La lucha por la hegemonía mundial (Estados Unidos, China y Argentina). *Estudios internacionales*, 51(194), 195-209.

GIACCAGLIA, C. (2016). Poderes medios emergentes y orden internacional: hacia un manejo colectivo de los asuntos mundiales. En Lechini y Giaccaglia (Eds.), *Poderes emergentes y cooperación sur-sur. Perspectivas desde el sur global* (14-35). Rosario (Argentina): UNR Editora.

GIACCAGLIA, C. (2022). La profundización de la fragmentación intra BRICS. La pandemia como acelerador de tendencias y la guerra ruso ucraniana en la turbación de identidades. *Cuadernos de Política Exterior Argentina (Nueva Época)*, (135), 7-29.

GONZÁLEZ LEVAGGI, A. (2023). *Great Power Competition in the Southern Oceans. From the Indo-Pacific to the South Atlantic*. Doi: <https://doi.org/10.1007/978-3-031-36476-1>

GONZÁLEZ MARTÍN, A. (2020). El nuevo marco estratégico de los Estados Unidos para el hemisferio occidental. *Instituto Español de Estudios Estratégicos* (33), 53-67.

https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2020/DIEEEA33_2020ANDGON_hemisferiooccidental.pdf

GREVI, G. (2009). *The inter-polar world, a new scenario*. European Union Institute for Security Studies. <https://ciaotest.cc.columbia.edu/wps/weu/0017700/index.html>

HAAS, R. (2008). La era de la no polaridad. Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos. *Foreign affairs Latinoamérica*, 8(3), 66-78.

HANG, J. y DOJAS, A. (2016). El Atlántico Sur como escenario estratégico. En Lanús, J., *Repensando Malvinas. Una causa nacional* (367-396). Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina): El Ateneo.

IKENBERRY, J. (2018). The end of liberal international order? *International Affairs*, 94(1), 7-23.

KAPLUN, M. (2024). El posicionamiento de la República Popular China en relación a la seguridad internacional: una introducción al caso del Atlántico Sur Occidental. *CUPEA Cuadernos De Política Exterior Argentina*, (140). <https://doi.org/10.35305/cc.140.205>

KENKEL, K. & DESTRADE, S. (2019). Explaining emerging powers' reluctance to adopt intervention norms: normative contestation and hierarchies of responsibility. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 62 (1). Doi: <https://doi.org/10.1590/0034-7329201900102>

KRAHMANN, E. (2005). American Hegemony or Global Governance? Competing Visions of International Security. *International Studies Review*, 7(4), 531-545.

LAYNE, C. (2012). This Time It's Real: The End of Unipolarity and the "Pax Americana". *International Studies Quarterly*, 56(1), 203–213.

LI, L. & RAGHAVAN, S. (2013). Stability in Southern Asia. En Tellis, A. y Mirski, S., *Crux of Asia. China, India and the emerging global order* (125-144). Washington (Estados Unidos): Carnegie Endowment for International Peace.

LLENDERROZAS, E. (2018). La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos. *Centro de Estudios para una Ciudadanía en Ejercicio*. <https://fcece.org.ar/wp-content/uploads/informes/seguridad-nacional-estados-unidos.pdf>

LORENZINI, M. E. (2011). *La Estrategia de Inserción de Chile en el hemisferio*. Editorial Académica Española.

MACKINLAY FERREIRÓS, A. (2013). Relevancia naval. *Revista general de marina*, 265 (7), 101-110.

MAZARR, M. J. (2012). The Risks of Ignoring Strategic Insolvency. *The Washington Quarterly*, 35(4), 7-22.

MEARSHEIMER, J. (2019). Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security*, 43(4), 7-50. Doi: https://doi.org/10.1162/ISEC_a_00342

MERINO, G. E., Regueiro Bello, L. y Tadeu Ilecias, W. (Coords.) (2022). *China y el nuevo mapa del poder mundial. Una perspectiva desde América Latina*. La Plata (Argentina): CLACSO.

MITCHELL, M. D. (2016). The South China Sea: A Geopolitical Analysis. *Journal of Geography and Geology*, 8(3), 14-25. Doi: <http://dx.doi.org/10.5539/jgg.v8n3p14>

MORGENFELD, L. A. (2016). Obama, Trump y Clinton, enredados con el TPP. *Huellas de Estados Unidos: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras*, 11, 98-104. http://www.huellasdeeu.com/ediciones/edicion11/10_Leandro%20Morgenfeld_98-104.p

MOYANO, I. (2021). La adhesión de Crimea y su significado estratégico en la política de Vladimir Putin. En E. Calderón (Coord.), *Análisis CIPEI No. 19. Edición especial* (20–23). Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

NEWMAN, E. & ZALA, B. (2017). Rising Powers and Order Contestation: Disaggregating the Normative from the Representational. *Third World Quarterly*, 39 (3), 871-888. Doi: 10.1080/01436597.2017.1392085

NOLTE, D. (2010). How to compare regional powers: analytical concepts and research topics. *Review of International Studies*, (36), 881-901.

PUTNAM, R. D. (1996). Diplomacia y política nacional: La lógica de los juegos de doble nivel. *Zona Abierta*, (74), 69–120.

RICHARDSON, J. M. (2016). A Design For Maintaining Maritime Superiority. *Naval War College Review*, 69 (2), Article 4, 11-18. <https://digital-commons.usnwc.edu/nwc-review/vol69/iss2/4>

ROSENAU, J. (1973). Hacia el estudio de las vinculaciones nacionales-internacionales. En D. Singer, D. y Rosenau, J. (Eds.), *Sistema global, subsistemas y vinculaciones nacionales-internacionales*. Buenos Aires (Argentina): Nueva Visión.

RUSSELL, R. (1991). Variables internas y política exterior [Ponencia presentada en el Taller de Trabajo sobre Cuestiones Técnicas y Metodológicas para el Estudio de la Política Exterior]. Buenos Aires (Argentina): FLACSO.

SANAHUJA, J. A. (2017). Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos. En Mesa, M. (Coord.), *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras (Anuario 2016-2017)* (41-78). Madrid (España): CEIPAZ.

SOTO REYES, J. (2018). El impacto del terrorismo islamista del siglo xxi en la doctrina estratégica de estados unidos y la federación rusa: un estudio comparativo. *Revista Política y Estrategia*, (132), 47-94. Doi: <https://doi.org/10.26797/rpye.v0i132.241>

TELLIS, A. (2020). Covid-19 knocks on American hegemony. *The new normal in Asia. The National Bureau of Asian Research*. Recuperado de: <https://www.nbr.org/publication/covid-19-knocks-on-american-hegemony/>

TERTIA, J. & AGUNG BANYU PERWITA, A. (2018). Maritime Security in Indo-Pacific: Issues, Challenges, and Prospects. *Jurnal Ilmiah Hubungan Internasional*, 14(1), 77-95. Doi: <https://doi.org/10.26593/jihi.v14i1.2795.77-95>

TOKATLIÁN, J. G. (2021). Estados Unidos-América Latina: por una diplomacia de equidistancia. En Fortín, C. et al. (Eds.), *El no alineamiento activo y América Latina* (1era ed.) (63-89). Santiago de Chile (Chile): Catalonia.

YUAN, J. (2020). Beijing's Vision of the Asian Order: Promoting a Community of Shared Future. En Chinoy, S. R. & Panda, J. (Eds.), *Asia between Multipolarism and Multipolarity* (31-146), New Delhi (India): Manohar Parrikar Institute for Defence Studies and Analyses.

ZAKARIA, F. (2008). *The post-american world*. W. W. Norton & Company.

Prensa y medios de comunicación:

BBC (2017). Donald Trump retira a Estados Unidos del TPP, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38723381>

BBC (2023). 4 claves del acuerdo Aukus, el pacto con el que Estados Unidos, Reino Unido y Australia planean hacerle frente a China en el Indopacífico. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-64952155>

SMITH, S. A. (2021). The Quad in the Indo-Pacific: What to Know. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/in-brief/quad-indo-pacific-what-know>

Documentos oficiales:

CHANLETT-AVERY, E., KRONSTADT, K. A., & VAUGHN, B., Congressional Research Service (2023). *The "Quad": Cooperation Among the United States, Japan, India, and Australia* (CRS Report R46740). <https://www.congress.gov/crs-product/IF11678#survey>

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (s.f.a). <https://www.defense.gov/>

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (s.f.b). *AUKUS: The Trilateral Security Partnership Between Australia, U.K. and U.S.* <https://www.defense.gov/Spotlights/AUKUS/>

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (1997). *Report of the Quadrennial Defense Review.*

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (2001). *Quadrennial Defense Review Report.*

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (2006). *Quadrennial Defense Review Report.*

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (2008). *National defense strategy.*

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (2012). *Sustaining U.S. Global Leadership: Priorities for 21st Century Defense.*

Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América (2018). *Summary of the 2018 National Defense Strategy of the United States of America.*

Departamento de Estado de los Estados Unidos de América (2019). *A free and open Indo-Pacific. Advancing a Shared Vision.*

Departamento de la Marina de los Estados Unidos de América (2007). *Cooperative Strategy for 21st Century Seapower.*

Departamento de la Marina de los Estados Unidos de América (2015). *Cooperative Strategy for 21st Century Seapower.*

Departamento de la Marina de los Estados Unidos de América (2020). *Advantage at Sea. Prevailing with Integrated All-Domain Naval Power December.*

Ronald Reagan, *Presidential Library & Museum* (1982). *Statement on United States Actions Concerning the Conference on the Law of the Sea.* <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/statement-united-states-actions-concerning-conference-law-sea>

Ronald Reagan, *Presidential Library & Museum* (1983). *Statement on United States Oceans Policy.* <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/statement-united-states-oceans-policy>

The White House (1990). *National Security Strategy of the United States.*

The White House (1991). *National Security Strategy of the United States.*

The White House (1993). *National Security Strategy of the United States.*

The White House (1994). *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement.*

The White House (1995). *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement.*

The White House (1996). *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement.*

The White House (1997). *A National Security Strategy for A New Century.*

The White House (1998). *A National Security Strategy for A New Century.*

The White House (1999). *A National Security Strategy for A New Century.*

The White House (2000). *A National Security Strategy for a Global Age.*

The White House (2002). *The National Security Strategy of the United States of America.*

The White House (2006). The National Security Strategy of the United States of America.

The White House (2010). National Security Strategy.

The White House (2015). National Security Strategy.

The White House (2017). National Security Strategy of the United States of America.

The White House (2020). Overview of Western Hemisphere Strategic Framework.

The White House (2021). Interim National Security Strategic Guidance.

The White House (2022a). Indopacific Strategy of the United States.

The White House (2022b). National Security Strategy.

U.S. Southern Command (s.f.). <https://www.southcom.mil/>

Cómo citar:

KAPLUN, M. (2025). La transformación del posicionamiento de Estados Unidos en materia de seguridad internacional y regional en el siglo XXI: el rol estratégico de la dimensión marítima. *Revista Integración y Cooperación Internacional*, 41, (Jul-Dic), pp.36-58